

Veinticuatro sucedáneos por segundo

Aquella madrugada, caminábamos en busca de la taberna del Puerto con la elegancia de los que han roto la noche entre botellas, y la hermandad de un futuro hipotético varado por canciones azules con tonos de esclavitud. Habíamos acudido por la tarde a un recital literario. Junto con una amiga común, José Antonio y yo andábamos a la busca de ese último desprecio a la jornada anterior, hallado al fondo de un vaso tubo, rodeados por los pescadores que mitigaban frío y esfuerzos ante una cafetera ruidosa. Tres personajes de etiqueta ajada y mantón de Manila con maquillaje ya apenas, contentos bajo la aurora porque nos supimos fieles a algún probable guión italiano de los años cincuenta. El sueño diurno nos despertó a la monotonía de los quehaceres y a la impertinente cuenta del tinte que no comprende esas veleidades del celuloide decadentista y muy señorito tarambana.

La generación de mis abuelos ya nació con cines, aunque ambulantes por los campos. No recuerdo la primera película que vi; si pudiese la narraría con ese dulzor que la memoria añade al primer beso, o al paseo de la mano enamorada, que iguales entusiasmos me produjeron. Frente a esos envites imprevistos de lo tangible, comprobé que poco valían las caricias mentirosas tantas veces estudiadas en peliculones de amoríos; con mi novia entre los brazos en aquel banco del Parque, desde ningún cielo brotó la música de violines; tampoco se cerró la atmósfera con cortinillas oscuras, o surgieron sfumattos que certificasen nuestra felicidad sin parangón. Para los nacidos tras el *Viaje a la Luna* de George Méliè (1902), la vida se resume en facsímiles del anhelo, de esas emociones que a veinticuatro diástoles por segundo nos remueven sobre el asiento, o coartan la respiración y las lágrimas. Incluso nos excitan hasta el límite de las pasiones.

No almacena mi cerebro datos conscientes de esa primera obra, pero sí del primer desnudo que disfruté sobre la pantalla. Mi precocidad de unos once años me condujo hacia la cartelera de aquella producción italiana (otra vez Roma) que sin argumento iluminaba insistente con pechos femeninos aquel telón del cine de mi pueblo, *Cinema Torcal*, una lindeza arquitectónica modernista con ambigü perfecto para el rodaje de cualquier escena de cine negro americano. Mientras el suministro de pipas y palomitas, allí mi imaginación fabulaba señores con trajes de cortes agudos y cicatrices que delataran su oficio como pistoleros de encargo, imbuidos de crueldad a la vez que de una cierta ternura con las mujeres.

Los años del post-franquismo rodaron como bucles de estopa sobre un salón derruido. Para mí, Málaga, sin embargo, modeló un paisaje de mayor inocencia. El medio rural y, sobre todo, los abuelos permiten bastantes expansiones al impulso de las feromonas masculinas adolescentes. Aquí, acudía al matinal del *Cayri*, o al cine de Carranque los sábados por la tarde. Siempre deglutíamos un largometraje de chinos, como entonces se conocieron a aquellas historias con idéntica trama, colonizadoras de nuestros hábitos a causa de su producción industrial. Ya saben; un chico bueno, honrado y gran luchador, pero pacífico, sufría vejaciones, en escalas diferentes según la peli, por el malo, también espadachín perito, que al final moría entre el géiser de sangre producido por la ira justa del humillado. El resto del guión se aderezaba con trucos de saltos imposibles, armas de ensueño y peleas frecuentes que nos señalaban aquellos territorios lejanos como un mundo peligroso donde sobrevivían los expertos en patadas y volteretas. De ahí que entrenásemos perseverantes durante la semana; nadie nos derrotaría sobre la acera de un mal golpe cuando saliésemos deslumbrados de aquellas proyecciones. Enuncio para el lector un enigma: todo malagueño que conozco, alrededor de los cuarenta años, vio *El luchador manco*, obra que poco aportó al devenir de la sintaxis cinematográfica, ni al nuestro.

Cambiaron los gustos, no las influencias chinescas. Los cines de verano se surtieron de una peligrosa carga de filmes donde se glorificaban las hazañas de Bruce Lee, con defectos fonográficos, raspaduras en los positivos y cortes de narración, siempre abucheados. Al fresco de la noche, casi al final de Calle Martínez de la Rosa (también conocí uno frente al Monte Pavero) me horroricé con *El Exorcista*, impedimento para mi calma durante años; en pocas secuencias me vacunó contra la curiosidad por licántropos, vampiros y el trasmundo en general, del que aún no aspiro a conocimiento alguno; por ello me refocilo en la medianía dorada de un devenir que nos aboca a las delicias carnales y hacia la filosofía, investigadora sobre todo de la conveniencia de tales goces y si las deidades se enfadan o no, con nuestras leves miserias e ínfimas virtudes.

El cielo de la noche estival en Málaga aún clareaba alguna estrella que me inducía a pronta incertidumbre metafísica, aliviada en parte por aquella pared de cal sobre la que corrían salamanquesas indiferentes a los dolores o risas que las iluminaran durante las horas de bocadillos, frescor y sillas de hierro. En aquel lustro de reconversiones, lucha obrera y despabilar democrático, la sesión doble ejercía como lenitivo frente a tanto cuello de pico y pantalón de campana. En eso llegó Bruce Lee.

Sobre su persona corrían leyendas de si era o no ese que chillaba con torso desnudo y repartía puñetazos. Sus acólitos siempre avisaban de la sustitución fraudulenta por un doble, pues él (informaciones solventes de mi barrio) yacía bajo las aguas de Hong-Kong con los pies lastrados por cemento; la mafia no perdona a quien tanto la ridiculice sobre las retinas de medio orbe. Pero grandes amenazas acechan a quienes emprenden los senderos de la fantasía, como sabemos desde Santa Teresa de Jesús quien de pequeña corrió en busca del martirio sarraceno, influenciada por los relatos hagiográficos y martirologios. Algo así aconteció a Carlos.

Bruce Lee, convertido en nuestro héroe por extraños influjos, solventaba sus rencillas con unos palos unidos mediante cadena, que obstruían la victoria de los pérfidos. Todos los niños invadimos las ferreterías y con dos mangos de piqueta, cinta aislante negra, cáncamos y eslabones, ejercimos durante meses como aprendices de molino manchego, volteando tal artilugio desde la axila hasta los riñones, y de ahí, con rápido giro, hacia el otro riñón o axila, al libre albedrío del combatiente. Carlos alcanzó en pocas semanas una destreza que lo situaba a nuestros ojos sobre una cumbre desde la que descendió con brusquedad, cuando durante una muestra de habilidades se reventó los labios y dos dientes. Un curioso revés del destino lo condenó algo más tarde como acomodador, trasunto de Caronte que nos transportaba con toda lucidez a un universo de sombras a veces ajetreadas por los arrumacos incontinentes de los novios que en aquel lucernario hallaban refugio para sus expansiones. Que alce la mano quien no haya dado un beso en algún cine aunque le reventase las costillas el brazo censor de la butaca.

No supe de otra censura más que aquella; por deferencia con esta urbe, la sala *Emperador*, durante la Semana Santa y creo que algunas navidades, modificó sus exhibiciones crónicas de cine "S" (desnudos sin sexo pornográfico) por el *Cristo de los Faroles*, protagonizada por Antonio Molina, uno de nuestros primeros vecinos adelantados que se arriesgó sobre el albor incierto de la pantalla. Nuestra provincia ha aportado a la escena un buen número de nombres significativos. Muchos no serían indicados en una multitudinaria rueda de reconocimiento; por citar algunos, me vienen a las teclas Kiti Mánver, Nuria González, Bibiana Fernández, Juanma Lara, Pepón Nieto o Fran Perea. Repito, sólo como muestrario de ilustres; quizás con sorpresa para el lector que ignoraba la cuna de playa donde estos comediantes ya consolidados vieron la luz. La lista completa, gracias al esfuerzo de los actores, llega más allá. Otros se adoptaron y fueron acogidos con buena hospitalidad malacitana, como Imperio

Argentina. No he mencionado a Antonio Banderas, benefactor de esta provincia que tanto lo aprecia; ojalá que sus proyectos fragüen con toda la buena fortuna que él y su equipo merecen, porque de ese camino malagueño nos alegraremos todos. Si algún día, alguien en el remoto Japón, por ejemplo, imaginase una escena en Málaga, igual que yo mis madrugadas ficticias de Piazza Nabona, nos habríamos trasmutado en escenario mítico, mientras pasea la luna un estanque de nenúfares y el ajetreo hosco amanece sobre la Farola del Puerto.

Otras suertes, incluso menores recompensas, disfrutaron cineastas como Manuel Altolaguirre. Tuve noticia de su labor filmica cuando me entregué a los estudios filológicos en la Universidad. Antes me había sorprendido con el cine de vanguardia en la *Academia Kaplan*, centro de estudios ubicado en Mundo Nuevo donde descubrí *Un chien andalou* y *La sange d'un poète* del escritor y malacitanófilo Jean Cocteau, amigo de Ángel Caffarena y su cosmos tipográfico. También el tímido cine-club universitario y el Festival de Cine de Benalmádena, no el actual, con otros objetivos, sino el ochentero, paliaron las inquietudes ilustrativas de quienes buscaran películas no comerciales o de distribución reducida, punto débil de cualquier creación cinematográfica.

Al hilo de estas líneas retomo la nefasta ventura de los celuloideos de Manuel Altolaguirre. En enero de 1950 Manuel y su segunda esposa, María Luisa Gómez Mena, fundaron en México *Producciones Isla*; bajo sus auspicios se estrena el mismo año *Yo quiero ser un tonto*, dirigida por Eduardo Ugarte; a partir de ahí, se trasladaron entre los objetivos, *Doña Clarines*, *El puerto de los siete vicios* y *Subida al cielo*, realizada por Luis Buñuel con argumento de Altolaguirre. Sus ingenios fueron recompensados con galardones en Cannes (1952), en París a la mejor obra de vanguardia, y en México. El ritmo frenético de trabajo, junto con unas penurias económicas, consustanciales a quien se rodee por cámaras y guiones, llevaron hasta el borde de la desesperación a su esposa y financiera, rica hacendada de Cuba. Recién finalizado el rodaje de *Subida al cielo*, escribió una carta a su hijo en la que confiesa todo el desencanto que estas actividades le producen. Nadie, por loco que esté, aguantaría lúcido, ciclones durante la grabación, amenazas sindicales que redujeron el plan de varios días, y raptos de trabajadores para que las deudas fuesen satisfechas. Además de todo esto, las incertidumbres durante el montaje, lamentos por planos con errores, terror por el riesgo de la originalidad y, en definitiva, esta mujer quedó abrumada por esa tortura que se aplaza cuando el público aplaude y finaliza con el abono del último débito. ¡Qué bonito es el cine!

Abundo en la anécdota, y narro comprensivo que su cónyuge más de una vez retiró a Altolaguirre los fondos con que se subvencionaba. Llegó a rodar sin película en la cámara para que el equipo no se deprimiera. Cuando uno pontifica desde el patio de butacas con las palomitas en la boca, se vuelve fácil el dictamen sobre los actos ajenos; otra cuestión se deslinda cuando los billetes se arrojan desde el propio bolsillo hacia algo tan poco material como los fotones destinados a que se excite la imaginación, nada concreta, de sus receptores. Los desvelos de Altolaguirre, además, moldean un astro con demasiado arrimo a la tragedia. Cuando llegó a España para que se mostrara en San Sebastián *El cantar de los cantares*, la crítica, aunque con matices, acogió aquella lírica transpuesta en fotogramas de modo muy favorable. Parecía al fin el despegue con prestigio de un escritor. Tal vez, su reino de paisajes, de vacíos por ausencias y de islas en mares de placer, distrajo su atención del asfalto e invocó su muerte. Visto con sosiego, un accidente a causa de la insania luminosa que nos inculcaron los Lumière. *Borvoleta*, la productora con quien sufro, aceptó el honor de reparar un poco la injusticia del olvido filmico en que se hallaba Altolaguirre, con esa obra mexicana de

difícil acceso; financiado por el Instituto Municipal del Libro, gracias al empeño siempre solícito de su director Alfredo Taján, culminamos *Cristales habitados*, un homenaje visual y sónico construido con los materiales que nos legó entre sus versos el propio poeta.

Yo también sentí el tósigo de este alacrán con travelín y trípodes. Confieso que el cine de pobres duele; durante los rodajes aletea en el ambiente un cierto rumor de circo en marcha, de caravana pacífica que se arroja casi ciega a la conquista de lo desconocido y en el empeño se unen fraternales sus componentes. Mucho esfuerzo que recibo con respeto cuando un director novel expone su cinta, porque fuera de las galas, del *glamour* casposo en alfombras rojas y del famoseo capitalista, laten meses y desesperanzas con los guiones, dibujantes de *story board*, figurines y trajes, configuración de luces, o los alquileres de cámaras y micrófonos. A ello se adjuntan las súplicas para que cedan escenarios, furgonetas o comida. Sueño, sudor y hasta hambre. Todo esto transcurre entre esos veinticuatro fotogramas que por trampantojo convertimos en un segundo de imagen que exige horas de embarazo. Muchos jóvenes malagueños aceptan el desafío y se lanzan con su arte hacia ese mar sin rutas. Rafatal, Pablo Cantos, Alfredo López, Ádel Káder, o Nacho Albert enuncian para mí camaradas queridos que, de una legión, nombro por próximos, junto con mis hermanos Gaby Beneroso y Kike Kanalla. Las largas listas que jalonan los títulos de crédito en un mínimo cortometraje esbozan apenas el enorme caudal de ilusiones sobre el que se cimienta esta factoría sin sede a la que aúna el vínculo con su tierra común, Málaga.

Con dieciséis años acudí al *Palacio del Cine* atraído por los efluvios pseudo-rockeros de *Grease*; me compré una cazadora de cuero negra y, aunque por casa no encontré gomina, el peinado se ajustó algo al de Travolta. Ninguna chica se me acercó amorosa durante el fin de semana; el lunes, mi instituto acogía idéntico ambiente mohíno de un lugar sin ese encanto californiano de los años sesenta con falsete de Olivia Newton-Jhon. Nadie cantaba en inglés por los pasillos. Tampoco mis flechas infantiles derribaron a vaqueros de andares caballunos; ni siquiera los diálogos de un divorcio semejan al que dulcifican los violines; sin embargo, aún adquiero una entrada para que me mientan con otra vida posible. Nuestros días transcurren a veinticuatro sucedáneos por segundo de este tiempo alquilado que llamamos existencia.

José Luis González Vera